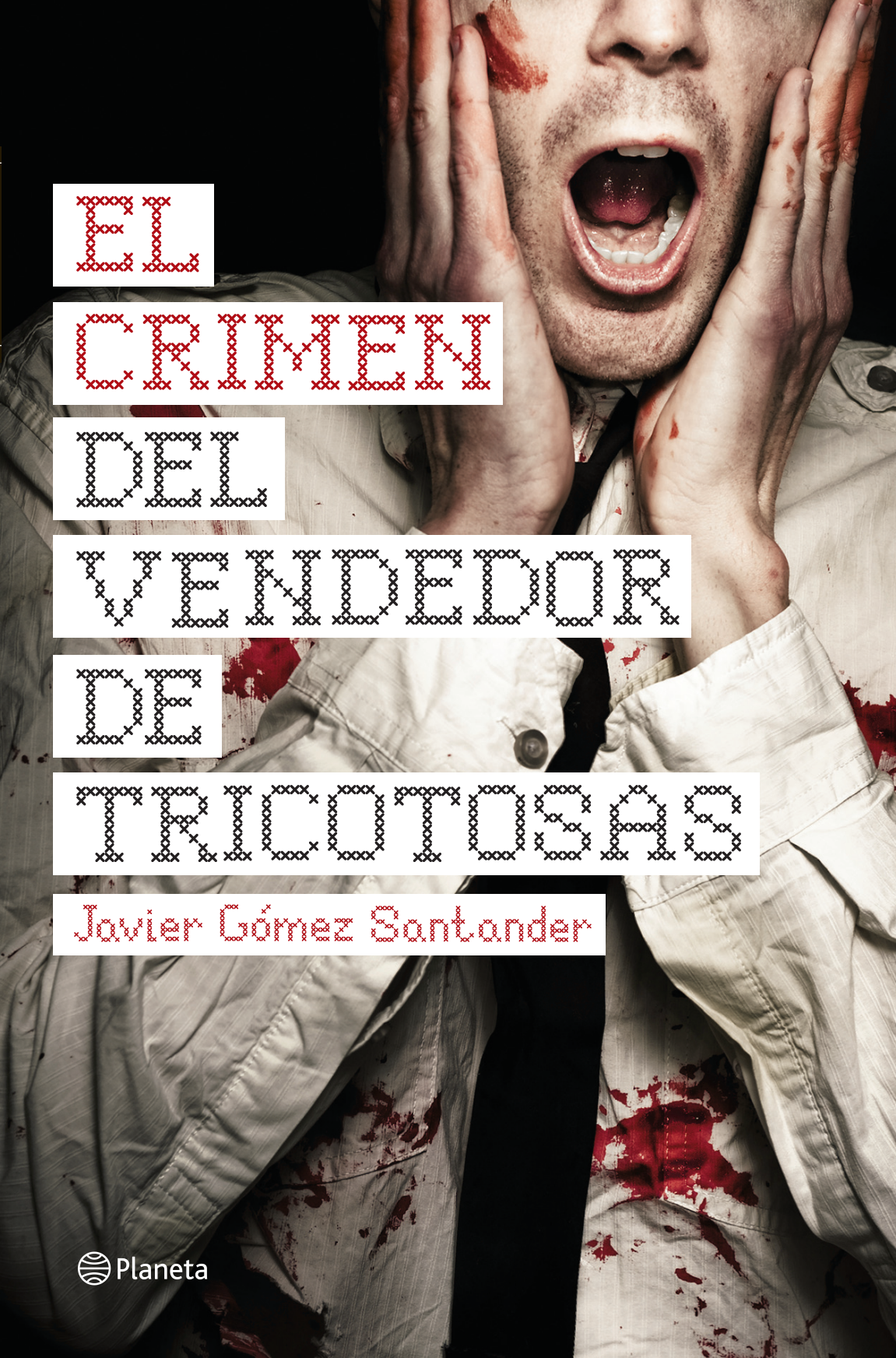
EL
CRIMEN
DEL
VENDEDOR
DE
TRICOTOSAS
Javier Gómez Santander
Planeta

Javier Gómez Santander

El crimen del vendedor de tricotosas

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Gómez Santander, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2015
Depósito legal: B. 17.880-2015
ISBN: 978-84-08-14467-0
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

1. DE TONTO, BUENO 11
2. COCHES CRUISING 17
3. PASAPALABRA 36
4. EL GRUPO 41
5. MITUBE 49
6. TU CARA ME SUENA 54
7. SALVACIÓN QUECHUA 61
8. UN ZOMBI DIGO YO QUE SE NOTA 69
9. MPS 75
10. PINGÜINOS 85
11. PACHARÁN CASERO 92
12. FOTITOS 101
13. CLOROFORMO 108
14. LA CASA 123
15. CALDERÓN 132
16. MARÍA 140
17. SAN MIGUEL 142
18. AMANECER 156
19. CONSECUENCIAS 162
20. FOTOGRAFÍAS 165
21. FERMIGATE 169
22. FERMITUBE 181
23. LA INVASIÓN DEL POLÍGONO 185
24. RECICLAR ORINA 195

25. ANTES DE LA SEÑAL 207
26. EL BÚFALO 215
27. CABÁRCENO 222
28. FURACO 232
29. SIN MUERTOS 238
30. EL CUERPO DE MARÍA 250
31. CAIPIRIÑA Y CELESFLÚ 258

1

DE TONTO, BUENO

Preferiría que esto lo estuviera escribiendo otro, pero ustedes no tienen tanta suerte. Me llamo Daniel Ortiz, tengo 32 años y hasta la fecha mi mayor logro había sido demostrar que la Milan Factis gorda podía durar toda la EGB. ¿Qué quiero decir con esto? Que lo que van a leer es todo lo trepidante que puede resultar la desgracia de un sujeto que fue el único niño al que la goma de borrar se le desgastó por el uso, no por pintarrajearla, morderla, chuparla o propulsarla a pellizcos usando el boli a modo de cerbatana. Un niño que, como todos, jugó al fútbol. Aunque menos, porque, sin explicación aparente (es decir, yo no era gordo), elegí ser portero. Las preferencias de mis sucesivos entrenadores, siempre coincidentes, me llevaron a especializarme aún más: en el puesto de segundo portero. Por si no saben de fútbol, hablo del único niño con guantes que hay en el banquillo, el que suele estar de peor humor. Yo, sin embargo, y no se me pregunte por qué, acudía contento a todos los partidos, entrenamientos y pachangas. Y, lo que es más degradante, sonreía. Lo hacía de forma tan excesiva que hoy me miro y me parezco gilipollas. A tal extremo de tonto llegaba que, temporada tras temporada, me compraba dos pares de guantes, unos para entrenar y otros para jugar. ¿Y qué pasaba con ese segundo par? Pues que, categoría tras categoría,

se iba quedando pequeño y como nuevo. Pero yo seguía comprándolos. ¿Es que no veía la cara de mi madre cada septiembre en la tienda de deportes cuando le decía y otros iguales para jugar, mamá? ¿No advertía ninguna señal de peligro en la cara de mi padre cuando yo era el único niño que nunca tenía que ducharse después del partido? ¿Cómo podía yo seguir sonriendo, sin parar, sentado en el banquillo un día tras otro viendo a mi padre en la banda alzar las cejas con resignación cuando yo le levantaba un guante y le guiñaba un ojo? Fui segundo portero en alevín, en infantil, cadete, juvenil y hasta un año en sénior. En total, y sumando minutos, debí de jugar completos unos doce partidos en nueve temporadas. Y nunca, hasta hoy, había pensado: Quizá estás perdiendo el tiempo un poco, Daniel.

Supongo que perder el tiempo es lo primero que aprendí yo en la vida. Es como un talento inverso. Un don putada. He tenido siempre tal facilidad para ello que lo perdía hasta cuando pagaba por aprovecharlo. A cualquier angloparlante que hable conmigo le parecerá increíble que mis padres hayan pagado por proveerme de semejantes facultades. Pero yo no iba a inglés para hablarlo, sino porque era lunes, miércoles o viernes, además de muy necesario. ¿Para qué? Para el futuro. ¿Y qué era el futuro? Una inmensidad de tiempo por perderse que ya llegaría, en su momento. Es decir, nunca. Una vez, supongo que porque alguien consideró que aquel estancamiento gramatical estaba a punto de empezar a apestar, me propusieron ir en verano a Irlanda. ¿A Irlanda? ¿Cómo coño me iba a ir yo a Irlanda si me costaba mear fuera de casa sin salir de Santander? Y, sobre todo, ¿por qué irme hasta Irlanda a hacer algo, si podía no hacer nada sin necesidad de salir de casa? Repito que cuento estas miserias para que ustedes se vayan ha-

ciendo una idea de la categoría del héroe de esta narración: yo.

Hay gente que se pregunta dónde encuentran la fuerza algunos seres humanos para luchar por sus derechos y convertirse en Gandhi o Martin Luther King, pero a mí me resulta mucho más interesante la pregunta inversa: ¿Cuál es la fuerza que nos retiene a la mayoría para que no nos rebelemos contra nuestras pequeñas miserias? Se le suele llamar conformismo o vagancia, pero yo estoy convencido de que en mi caso es algo más profundo. Y constante. Todos los junios me prometía a mí mismo que el verano en que iba a decirles a mis padres que no quería ir al pueblo sería el siguiente. Hasta hoy. Mi tendencia a aceptar el pueblo y su aburrimiento tenía su momento álgido en las fiestas, donde mi forma de disfrutar se limitaba a una palabra ya de por sí triste: ahorro. Miraba las atracciones durante horas e intercalaba esas miradas con periodos de ojos cerrados en los que contaba las monedas que llevaba en el bolsillo. Las seis, y yo delante de los coches de choque, ahorrando. Las siete, y yo delante de las camas elásticas, ahorrando. Las ocho, y yo delante del pulpo, ahorrando. Para entonces, ya llevaba ahorradas trescientas pesetas. Ahorraba otras cien y, a las nueve, me subía en una atracción. Llegaba a casa a las nueve y media con cuatrocientas pesetas en el bolsillo. Y aquello, aquello se repetía al día siguiente, al siguiente y al siguiente. Y yo terminaba las fiestas con dinero para todo el verano. ¿En qué me lo gastaba? ¡En tener dinero para todo el invierno! ¿Y qué hacía con él en invierno? Contarlo. Contarlo una y otra vez y prometerme que de esa cifra no iba a bajar ya nunca. Digamos que era un niño diésel.

Con los años descubrí que, aunque uno consuma poco, el tiempo le pasa igual que a todo el mundo. Y llegó la ado-

lescencia. Me exigí a mí mismo que nunca sería un adolescente como los demás. Es decir, idiota. Debido a esta férrea convicción, seguí comportándome como un tonto. Cuando mis amigos empezaron a salir, salí. ¿Por salir? No, por no dar explicaciones. Cuando empezaron a fumar, fumé. Cuando empezaron a beber, bebí. ¿Por emborracharme? No, porque no hacerlo hubiera sido una forma de protesta. ¿Quiere decir esto que me había convertido en el prototípico adolescente masa? No. Porque cuando tocaba jugar al futbolín, miraba. Cuando tocaba bailar, miraba. Y cuando tocaba enrollarse con las chicas, también miraba. ¿Por qué? Porque mirar es menos peligroso que hacer.

Sin embargo, uno no puede pretender estar toda la vida oliendo culos sin comerse nunca un pedo. Y así fue como me enamoré. De Loli. Era repetidora y guapísima. Durante dos años, me sentó mal la comida, de lo que la quería. Con Loli había dos problemas. El primero era yo, que no era capaz de dejar de ser yo. El segundo, mi mejor amigo, Nacho, que también estaba enamorado de ella. En semejante tesitura, ¿cómo iba a entrarle a Loli? ¿Y si me decía que sí? ¿Cómo desearle a Nacho el enorme sufrimiento de verme a mí, un español cualquiera, un despojo, un infeliz, ganándole la partida por tan dolorosa adolescente? Así que hice lo más cómodo para los tres: nada. Bueno, algo sí. Sufrí. Porque, cuando se hace tanto el tonto, se sufre como un idiota. Desde luego, durante esos dos años Loli cambió varias veces de novio, de moto en la que era transportada, y hasta un par de coches diferentes vinieron a buscarla al instituto. Nacho y yo lo soportábamos porque todos sus novios eran macarras. Es decir, prohombres de una liga en la que nosotros no podíamos competir. Así, no sentíamos la derrota. O no tanto. A los dos años, lo de Loli se me pasó. O al menos dejó de dolerme.

Seguramente aceleró el proceso el hecho de que nos cambiaran de clase y que en los últimos doce meses de mi martirio por ella sólo cosechase indiferencia.

Como quitaron la mili, me ahorré otro sufrimiento y empecé la universidad por inercia, que es un motivo mucho más honesto que estudiar por huir del Ejército. Escogí la carrera con el mismo criterio con el que aspiraba a escoger a las mujeres: quedándome con lo mejor de entre las sobras. La gente se empeña en creer que se es de ciencias o de letras, pero lo cierto es que la mayoría no somos de nada. Lo que ocurre es que a muchos se nos dan mal las matemáticas y, entonces, conscientes de nuestras limitaciones, tomamos una opción decente pero más fácil, en donde la falta de talento se pueda suplir con capacidad de trabajo (poco, tampoco hay que exagerar): letras puras. Con ese título de bachillerato y sin imaginarse uno fuera de Santander, había tres carreras posibles: Magisterio, Historia y Derecho. Las sobras. Escogí Derecho, porque parecía más práctico y, me dijeron, tenía más salidas. A mí, que era totalmente indiferente a la entrada, lo de las salidas me pareció un argumento suficiente como para decidirme. Cinco años después, terminé Derecho y empecé a trabajar como comercial de una empresa de máquinas de coser, agujas, bobinas y carretes. El sueño de cualquier niño. Tres años más tarde, me hicieron indefinido. Con ese empujón hacia la estabilidad, me pareció coherente casarme con María, a la que siempre he querido lo normal. Es decir, bastante. Cuyo significado equivale a: lo suficiente.

Hoy, uso la misma talla de ropa que cuando dejé el instituto, aunque quizá sea más correcto decir que uso, en gran parte, la misma ropa que cuando dejé el instituto. Tengo un coche gris. Porque ella dijo que sería más cómodo, vivo cerca del piso de los padres de María. Llevo

gafas, aunque tengo pocas dioptrías. Y utilizo colutorio todas las noches. En estos años, lo más osado que he hecho ha sido ser el primero de mi familia en comprarse un colchón viscoelástico, con extraordinarios resultados, por cierto. Con esta mierda de vida de provincias que he amasado durante treinta y dos años, ¿cómo coño me explico que ahora esté ocultando un cadáver en el maletero del coche de mi empresa?